Si después de Nora: repeticiones

En estas mesas redondas, ~~suele~~ si los participantes ~~en la~~ no ~~no~~ establecemos previamente unas reservas y acotaciones de los diversos aspectos del tema, es seguro que se producirán coincidencias y, por lo tanto, repeticiones. Aquí no nos hemos puesto de acuerdo para nada, hemos sido así de imprudentes. Pero tampoco importa demasiado. Incluso puede ser mejor, porque la naturalidad es una ventaja. Además, aunque yo coincida en algún aspecto con Ignacio de Nora, por ejemplo, siempre los puntos de vista serán diferentes.

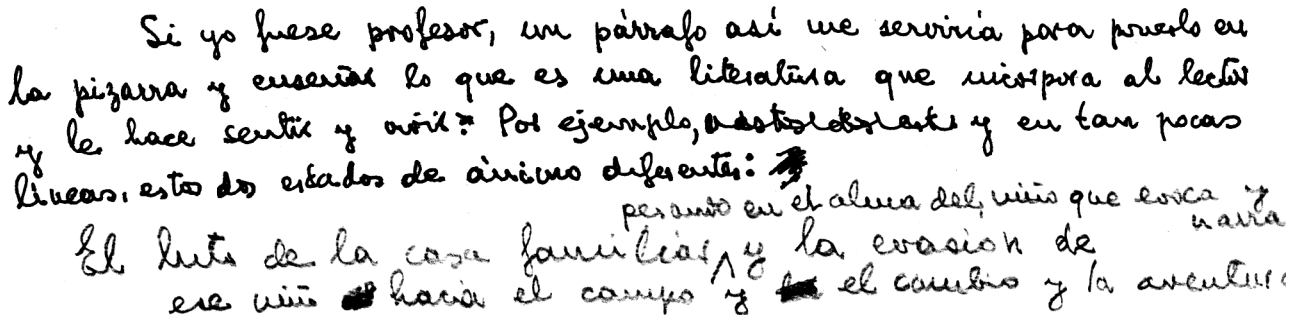
Él, nos ha hablado con la autoridad del profesor. Del autor, nada menos, de la Historia crítica más consultada y citada sobre la Novela española Contemporánea. Y yo, lo que diga, será desde mi puesto de lector, de un lector que ha disfrutado ~~=~~ sentido placer — con la lectura de la invisible prisión

Si en cualquier ocasión o lugar, hablando de cronistas, de investigadores, de escritores de la Historia triunfal o aciaga en los siglos de León y de España, no apareciera el nombre de Luis Alonso Luengo, hasta el más descuidado de los presentes se percataría de la omisión.

Pues análogo trato pide la valoración de nuestro paisano como autor de ficciones, es lo que piensa este modesto participante en la sesión de hoy. Y lo piense, justamente, cuando acabe de leer -de releer- la novela que hace más de 40 años le valiera a su autor el Premio del Instituto de Cultura Hispánica: *La invisible prisión*. Libro certeramente titulado, como verá el lector al llegar a la última de sus páginas.

La novela de Luis Alonso Luengo, después de casi medio siglo, esto no suena a vieja o anticuada. No sé si yo diría esto mismo hace veinte años, cuando el experimentalismo y la novedad formal eran la consigna… Ahora, si se puede decir, que de rancia nada, y ésta es la ventaja de crear sin dejarse atar por la moda. La novela está escrita con un esmero admirable. Y conviene advertir que nuestro novelista, que tiene fama de abundoso y entusiasta en su discurso, se manifiesta aquí, casi siempre, con una expresión suelta y rica pero sin ningún exceso. Abundan las muestras desde las primeras páginas, bastará ver estas líneas del Proemio:

"Pasamos por una amplia y destartalada plaza con tenderetes de mercado; [punto y coma] por una calle silenciosa donde nos encontramos con un clérigo que iba de prisa y con una vieja que caminaba despacio; [punto y coma, casi azoriniano descendimos por una gran cuesta, a la orilla de unas viejas murallas, y dejando atrás la pequeña ciudad, torreada y alta, sonora de campaniles, con cielo limpio, vuelo de cigüeñas y fondo de montañas bruñidas en nieve, tomamos, a trote largo, la carretera de León, que parte de sesgo la vega del rio Tuerto".



Luego, sucede que en estas páginas pasan cosas, muchas cosas creo que los expertos llaman a esto "la narratividad", -lo que no se puede decir de todos los libros que llegan a nuestras manos con la etiqueta de "novela". Todo muy gradual, enganchando al lector y dejándolo conquistado en cada capítulo para que no se pierda los siguientes.

En el capítulo 1, sin ir más allá, se nos conquista con la llegada del viajero Villamil, el caballero Villamil, con su mayordomo, averiada la silla de posta, a una casa que les indican como alojamiento y resulta ser la casa de una señora principal del pueblo. ¿Qué casa es esta? ¿Qué van a encontrar allí, en la tarde inverniza, los viajeros; y por tanto, ¿qué vamos a encontrar nosotros, los lectores?

Así nos deja el capítulo I, y en el II Santiago Villamil toma contacto con los contertulios de doña Mariquita, doña María de Quiñones y Fernández Guzmán. Y en la velada ocurre el episodio de la crisis que sufre Villamil cuando se pone al piano y le salen los compases de una canción de Cuba lejana, que parece hablar de negros y negreros. Una canci6ón que será fundamental en la historia y que a nosotros nos vuelve a atrapar para la continuidad del relato. Y así capítulo a capítulo, que no es cosa de detallar porque no se trata de contar aquí la novela.

Se supone que esta gradación de la intriga sería muy estimada por los oyentes de la novela, cuando se dio en una serie de episodios a través de la radio. Es fácil imaginarlo: aquellos gustadores de la literatura a través de las ondas, un receptor menos colaborador y cómplice que el lector que tiene en la mano el libro impreso, pero mucho más activo que el televidente a quien una fábula se le da hecha del todo, o casi, sin pedirle apenas otra colaboración que la de echar culo en el asiento.

Todo esto está muy bien, nos completa el carácter de los personajes y la situación que están viviendo. Pero, luego, esta reconciliación fracasa definitivamente.

Fracasa sin tardar mucho, porque el temperamento de Villamil se exacerba -vamos intuyendo cómo lo corroe cierto lance de su pasado tormentoso- y Blanca Juana termina abandonando la casa y a su marido.

Y aquí vienen mis reservas:

En ese tiempo de convivencia, ¿han hecho vida enteramente de marido y mujer?

O sea: la mujer que un día fuera abandonada cruelmente, ¿se mantuvo en el mismo rechazo cortés pero vengativo de aquella primera noche de su regreso, cuando al marido le da con la puerta del dormitorio en las narices?

Y si volvieron Santiago Villamil y Blanca Juana al lecho conyugal, ¿no nos convendría saber si su relación fue serena o apasionada?

Entiéndaseme bien: No es que yo esté requiriendo detalles escabrosos, y menos aún sicalípticos

Además, todos sabemos la castidad narrativa de la posguerra; y también, por qué no decirlo, la mesura y delicadeza del escritor astorgano que firma la obra.

Creo que he querido decir esto para dar pie a don Luis y que siga metiéndose conmigo, y por muchos años, cuando me acusa de cultivar un erotismo diocesano…

Y ahora, un aluvión de notas entusiastas que al hilo de la lectura me hicieron exclamar: !Bravo, Luis!, como si el autor estuviera a mi lado:

El mundo del Órbigo -ya se dijo-, idílico en apariencia pero también cruzado de grandes pasiones y de pequeñas miserias; las descripciones del paisaje, que sin exageración nos hacen pensar en las mejores páginas de Gil y Carrasco; el folklore dosificado con tiento; el estudio de los caracteres; la sorprendente exhibición de conocimientos auxiliares, igual si se habla de jardinería que si de industrias o del arte ecuestre o de los carruajes y sus accidentes en la circulación rodada; la arquitectura civil, los negocios de Banca…

Experiencias y saberes puestos al servicio de la historia que se nos cuenta, y ya por último, el poder de los símbolos, tan subrayado cuando el desdichado Villamil elige para su tumba el exacto lugar se su finca en que se da el fenómeno del eco. Un eco que no se apaga cuando hemos leído la última página y cerramos el libro, sino que sigue sonando nuestra memoria.